

Como agua para chocolate

Experiencia culinaria y autorrealización femenina

En *Como agua para chocolate* de Laura Esquivel hay una deliberada exageración en la caracterización de los personajes. Encontramos una historia de amor que sigue tradicionalmente las normas del romance folletinesco: Mamá Elena, figura antagónica, estricta y tiránica, con ecos de Bernarda Alba; Rosaura, Pedro y Tita, personajes atrapados en un triángulo amoroso y víctimas de un amor frustrado. Los personajes están delineados de manera estereotipada aspecto que, unido a los elementos mágicos y sensuales que aparecen en la obra, logran crear una novela innovadora y de valor humorístico y literario. En la novela, la vida familiar cotidiana se mezcla con elementos fantásticos, creando así una atmósfera de realismo mágico. El humor que se consigue mediante la exageración y la magia se combina con lo trágico de la situación: un amor que sólo puede conseguirse con la muerte.

Pero es la comida y sus efectos el aspecto primordial de la obra. El placer que provoca la comida tanto en su preparación como en su gusto, es la base temática y estructural de *Como agua para chocolate*. En la novela de Esquivel la experiencia culinaria cobra matices hiperbólicos que logran crear un estilo innovador que cautiva al lector. La comida y sus funciones, a través de la protagonista Tita, se convierten en el centro de la novela. La novela/libro de recetas/folletín presenta los secretos de la vida y del amor mediante la comida: «Tita, por su parte, se encargó de enseñarle algo igual de valioso: los secretos de la vida y del amor a través de la cocina.» (Esquivel 217)

El propósito de este trabajo es estudiar las distintas funciones de la comida dentro de la narrativa y ver cómo estas funciones logran delinear y perfilar al personaje central, Tita, como mujer y como individuo dentro de la sociedad. Los discursos, culinario y folletinesco, marginados en

nuestra sociedad por considerarse «mala literatura» o «literatura para mujeres», son retomados por Esquivel en un intento por redefinir los códigos tradicionales y patriarcales de la llamada «buena literatura.» *Como agua* presenta un texto femenino que examina las posibilidades de los roles femeninos en una sociedad patriarcal. De aquí, el que mucha crítica haya dudado de su verdadero valor literario; aspecto que destacaré en mi estudio.

La comida no sólo es el centro de la novela sino también el centro motriz de la vida de Tita. La novela destaca a todos sus personajes femeninos pero es mediante Tita y sus confecciones culinarias cómo la obra logra presentar la importancia de la mujer en la cocina y las repercusiones que este rol tiene en la novela y por ende, en nuestra sociedad.

Tita se entrega en cuerpo y alma mediante la elaboración de las recetas. Tal como la obra sugiere: «novela de entregas mensuales...», cada preparación/entrega culinaria descubre un sentimiento particular que la protagonista vierte al confeccionarla. Así, cada receta corresponde a un aspecto de su estado de ánimo. Son cuatro instancias específicas en las que Tita vuelca su interior en la comida que prepara y logra provocar sentimientos similares en todos aquellos que la consumen: 1) sus lágrimas en la masa del pastel de bodas provoca vómitos y una gran nostalgia; 2) su sangre en contacto con los pétalos de rosas causa un enorme deseo sexual en Gertrudis; 3) el mole provoca euforia en todos los que lo comen; y 4) los chiles nuevamente, al final de la obra, despiertan en los invitados un gran deseo sexual. Se establece claramente una complicidad entre Tita y la comida que prepara. Aunque los efectos producidos no tienen una intención deliberada por parte de Tita, son evidentemente el resultado de una profunda e intensa relación existente entre ella y sus recetas. La comida se convierte en un nuevo método de comunicación sin represión o inhibiciones: «Parecía que habían descubierto un código nuevo de comunicación en el que Tita era la emisora, Pedro el receptor y Gertrudis la afortunada en quien se sintetizaba esta singular relación sexual, a través de la comida.» (Esquivel 53) La comida le ofrece lo que la realidad le niega: expresar su sexualidad y su amor. A través de la comida, Tita logra comunicarse con el hombre que ama y logra también expresar sus sentimientos abiertamente (nostalgia, amor, lujuria, euforia). Lo curioso en esta complicidad, es el hecho de que los efectos producidos por la comida alcanzan un nivel sobrenatural. Los poderes de Tita, a través de la comida, sobrepasan la mera confección de alimentos y alcanzan niveles fantásticos que destacan su especial talento. Agregan, asimismo, matices de realismo mágico a la narrativa, los cuales ayudan a crear el estilo ligero, innovador y sensual que permea la novela completa.

Además de la complicidad que existe entre Tita y las recetas, existe una fuerte identificación entre ella y la comida. Tita ve el mundo filtrado por su experiencia culinaria. Todo lo que vive está visto desde el punto de vista de una cocinera excepcional. El mundo de Tita es el mundo de la cocina: «No era fácil para una persona que conoció la vida a través de la cocina entender el mundo exterior. Ese gigantesco mundo que empezaba de la puerta de la cocina hacia el interior de la casa...sí le pertenecía, lo dominaba.» (Esquivel 14-15) El mundo limitado de la cocina es el que ella puede dominar por completo y de aquí su estrecha identificación con los ingredientes culinarios. El mundo cerrado de la cocina, paradójicamente, conecta a Tita con la realidad del mundo humano. Ofrece el marco referencial que le sirve de nexo con el mundo externo de frustraciones, amores, deseos y relaciones humanas. Tita es «la masa de un buñuelo al entrar en contacto con el aceite hirviendo», «Un chile en nogada olvidado en una charola después de un gran banquete...», «un pedazo de masa que se convierte en tortilla.» (Esquivel 21-22, 57, 68) Tita identifica lo que siente con los ingredientes que emplea en su preparación culinaria. Lo que Pedro la hace sentir, ella logra identificarlo con la cocina, con el único mundo que puede controlar y entender por completo. Pero quizá la identificación más sobresaliente es aquella entre Tita y el agua para chocolate: «Tita literalmente estaba como agua para chocolate. Se sentía de lo más irritable.» (Esquivel 141) Esta identificación no sólo se relaciona directamente con el título de la novela sino también resume todo el deseo contenido y la frustración de Tita. El dicho puede entenderse en tres niveles que corresponden igualmente al estado emocional de la protagonista: rabia por el casamiento de Pedro con Rosaura, deseo sexual contenido o reflejo de su hastío emocional listo para estallar y manifestarse. La identificación entre Tita y el agua para chocolate establece una conexión que encierra los sentimientos primordiales de la protagonista.

La cocina se convierte en un estilo de vida por medio del cual Tita se define como persona. Sus manos operan en función a sus quehaceres domésticos. Sus manos son instrumentos que tejen para canalizar sus frustraciones y escriben un recetario donde narra su historia para dejar plasmada una prueba de su amor y de su talento único. Pero cocinan, ante todo, como parte esencial de su personalidad y de su vida. Escribir, tejer y cocinar son actividades esenciales de la protagonista, por medio de las cuales puede expresarse abiertamente como mujer. Mediante estas acciones se autorrealiza y se perfila. Las manos poseen una doble función simbólica y paradójica: atrapan, puesto que se ven forzadas a realizar actividades domésticas impuestas; por otro lado, liberan, pues le permiten a Tita desahogar sus más profundos sentimientos en la escritura de

su recetario/folletín. Escribir, actividad tradicionalmente masculina, se entrelaza con tejer y cocinar, actividades tradicionalmente femeninas. De este modo, Tita se autoafirma como mujer capaz de penetrar el mundo masculino de la escritura. La cocina le brinda un lugar desde el cual puede producir un discurso (fusión entre recetario/folletín) mediante el cual puede hablar. Tita logra sobrepasar los límites establecidos por nuestra sociedad (en cuanto a roles femeninos y masculinos) a través de su escritura. Sin embargo, por ser el discurso de un ente marginado (Tita/mujer), su recetario/folletín (mantenido en secreto) sólo logra conocerse mediante su sobrina/nieta, nuestra narradora, quien logra perpetuar la tradición culinaria y destacar el éxito de Tita como mujer, dando a conocer su libro. Tita se autorrealiza ante el lector a través de sus actividades domésticas que le brindan un nuevo nivel de alcance en el mundo patriarcal prohibido. Tita logra penetrar el mundo del «otro,» la otra identidad reconocible porque constituye la autoridad central o centro de poder: el mundo masculino.

La comida, además de poseer una función temática en la novela, tiene una marcada función en el nivel estructural de la narrativa. Las recetas no sólo inician cada uno de los capítulos de la novela, sino que también unen todo lo narrado, pues encadenan todas las acciones que suceden. Las recetas establecen el marco narrativo. Cada receta abre el capítulo, se interrumpe y concluye anticipando el siguiente capítulo. Cada receta evoca el recuerdo de un hecho particular en la historia de amor de Tita. Las recetas, además, conectan lo narrado con el momento de la narración en el que la narradora (sobrina/nieta de Tita e hija de Esperanza) relata. El párrafo inicial de la novela establece la presencia de un narrador en primera persona que se dirige a los lectores: «La cebolla tiene que estar finamente picada. Les sugiero ponerse un pequeño trozo de cebolla en la mollera con el fin de evitar el molesto lagrimeo. No sé si a ustedes les ha pasado pero a mí la mera verdad sí.» (Esquivel 13) La mención de la cebolla logra establecer un vínculo entre la narradora, los lectores a los que se dirige directamente y la protagonista, Tita. Las lágrimas causadas por la cebolla son una reacción compartida por la narradora, Tita, y posiblemente muchos de los lectores o lectoras que se sienten aludidos mediante el «ustedes» que aparece en la primera línea de la novela. Janice Jaffe ha dicho al respecto: «The narrator, with her colloquial language and tone, simultaneously introduces three generations of women who have shared recipes, and invites the implied readers, «ustedes,» into the kitchen to participate in this activity.» (Jaffe 222) La narración en primera persona, que abre la novela, no logra identificarse hasta el final de la obra cuando el lector, ya habiendo trazado el paso de las tres generaciones,